JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 10 de enero de 1993

Queridos hermanos y hermanas:

1. Al término de este encuentro de oración en Asís que comenzó con la vigilia de ayer y ha proseguido esta mañana con la celebración de la santa misa, siento el deber de compartir con vosotros que habéis participado en ella con tanto fervor superando incomodidades y dificultades, un *sentimiento profundo de agradecimiento al Señor* por la gracia especial que nos ha concedido a cada uno de nosotros.

En efecto, el llamamiento que dirigí el 1 de diciembre del año pasado, junto con los representantes de los Episcopados de Europa, ha encontrado una respuesta unánime y generosa en la Iglesia católica, y ha tenido eco por parte de las otras Iglesias y comunidades eclesiales cristianas, así como de los representantes del judaísmo y del islam. Éste es un signo claro de que la conciencia de los hombres y las mujeres sensibles a los valores religiosos y de cuantos buscan el bien de la humanidad está cada vez más atenta a los problemas del hombre que sufre, víctima de conflictos, cuyas razones y objetivos no comprende. En todos se agudiza el sentido del compromiso para poner fin a cualquier tipo de guerra y alcanzar una paz fundada en la justicia y en la reconciliación mutua.

Esta conciencia, que nace de la profundidad de nuestra respuesta a Dios, ¿acaso no es un don del Señor? Sí, es un don del Señor, como lo es la paz a que aspiramos y por la que nos hemos reunido de nuevo aquí en Asís.

Que Dios nos conceda la gracia de ser cada vez más fieles a este servicio desinteresado y urgente en favor de la paz. Dicho servicio es característico de toda actitud religiosa auténtica y

constituye un signo distintivo para los discípulos de Cristo, a los que Él la víspera de su pasión, quiso confiarles la paz como su propia herencia (cf. *Jn* 14, 27).

2. En este marco de fraternidad espiritual deseo además dar las gracias a cada uno de los participantes: a los señores cardenales, a los hermanos en el episcopado a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y, sobre todo, a los jóvenes tan numerosos, evidentemente preocupados por la paz y comprometidos en buscarla y construirla efectivamente.

Mi agradecimiento se extiende a los hermanos y hermanas de las otras Iglesias y comunidades eclesiales cristianas que nos han acompañado desde el principio de esta jornada: su presencia en Asís subraya una vez más, de modo visible, la dimensión ecuménica del compromiso por la paz.

Vaya mi agradecimiento más sentido a los representantes del islam por su participación en la vigilia de anoche. También saludo con afecto a nuestros «hermanos mayores», los judíos, unidos a nosotros espiritualmente para implorar a Dios el don precioso de su justicia y su paz.

El acontecimiento de ayer nos ha permitido revivir aquella inolvidable Jornada de oración, celebrada en octubre de 1986 en este mismo lugar, imbuido por el espíritu de Francisco, peregrino y apóstol de paz. Este reencuentro nos ha permitido apreciar nuevamente los lazos profundos que nos unen en el servicio a la causa del hombre y de sus aspiraciones más legítimas.

3. Este encuentro ha estado dedicado particularmente a la oración por la paz en Europa, teniendo presente ante todo la grave situación de las *poblaciones de los Balcanes*. Lo hemos vivido juntos. A nosotros se han unido las Iglesias particulares de todo el continente europeo. Nuestro objetivo común ha sido el de manifestar y hacer fructificar la preocupación constante que nos anima por quienes sufren a causa de la ceguera y la dureza de corazón de otros hombres; por quienes –niños, hombres o mujeres, ancianos, civiles inermes, individuos y pueblos– están obligados a pagar el triste precio de la guerra, no querida, pero padecida.

Nuestro interés quiere ser un *interés efectivo* y concretado en una oración ferviente e incesante, al que debe seguir una acción desinteresada de ayuda y apoyo humanitario. Quiere ser, además, un compromiso para la promoción de la cultura de la paz a través de gestos diarios de respeto a los derechos de los otros y a través de una obra paciente de reconciliación.

Mientras os estoy hablando, en Ginebra se está preparando la reanudación de las negociaciones de paz para Bosnia-Herzegovina. Que Dios conceda sabiduría y valentía a todos los participantes en ese encuentro decisivo, a fin de que se llegue a una solución aceptable para todas las partes, con vistas a una paz auténtica y durable.

4. Quisiera encomendar todo esto a la intercesión del santo de Asís, símbolo de la paz. Quisiera,

sobre todo, implorar la protección materna de María Santísima para nuestras aspiraciones y nuestros proyectos de paz. Que la Virgen nos *obtenga* de su Hijo divino, hecho hombre, la gracia de ver surgir finalmente la paz en Europa y en el mundo: una paz que no termine nunca.

Los cirios, que hace unos instantes he entregado a los miembros de las delegaciones procedentes de las regiones devastadas por la guerra, quieren ser un símbolo elocuente de la paz, meta universal a la que se ha orientado todo nuestro encuentro de oración, que ahora está llegando a su fin.

Ojalá que estas llamas tenues de esperanza lleven el consuelo de la luz y del amor de Dios, única y verdadera fuente de paz, a cuantos viven en medio de latos y ruinas causados por los persistentes conflictos.

Que María, Reina de la paz, nos acompañe y nos asista. Ahora todos juntos nos dirigimos a ella.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana